

# Un mal sueño de una peor realidad: "Lonquén 10 años", de Gonzalo Díaz

Gonzalo Díaz tardó una década en pensar y crear la presente instalación que se exhibirá al público muy pocos días, sólo hasta el 28 de enero.



El artista, un tubo de neón y 220 piedras numeradas y ordenadas según el peso y tamaño.

Hoy en la galería Ojo de Buey, avenida Pedro de Valdivia 2005, se inaugura la instalación de Gonzalo Díaz, *Lonquén 10 años*.

La instalación se refiere a un par de hornos de piedra donde hace una década fueron descubiertos los cadáveres de quince personas.

—Acarreaba desde hace una década esta idea y aunque realicé en 1984 unos dibujos y bosquejos, no tenía la obra que quería. Es un caso no solucionado del todo, con gente desaparecida, con familiares. Entonces fue la confesión y el sueño lo que me permitió abordar Lonquén. El sueño que es temible y distanciado.

## Un "armado visual"

En el comunicado de prensa que distribuyó la galería se dice:

—Sólo diez años más tarde —y haciendo uso del poder del arte, de construir una mirada y una memoria— Gonzalo Díaz puede estructurar este "armado visual" basándose en las relaciones que él establece, entre el ejercicio sacramental de la confesión y la actividad nocturna

del sueño.

La sala donde se presenta la instalación está pintada de blanco e iluminada con tubos fluorescentes.

En tres de sus murallas, a la altura de los ojos, marcos negros dentro de los cuales hay una inscripción dentro, en fondo gris: con el nombre y la fecha cambiados, Gonzalo Díaz cita a Freud diciendo que *En esta casa/ el 12 de enero de 1989/ le fue revelado a Gonzalo Díaz/ el secreto de los sueños*.

Los cuadros son catorce y establecen una relación con las estaciones del Vía Crucis, y están marcados con números roma-

nos. Cada uno de ellos está iluminado con una lamparilla de bronce semejante a las que se usan en las oficinas públicas.

## Como nichos mortuorios

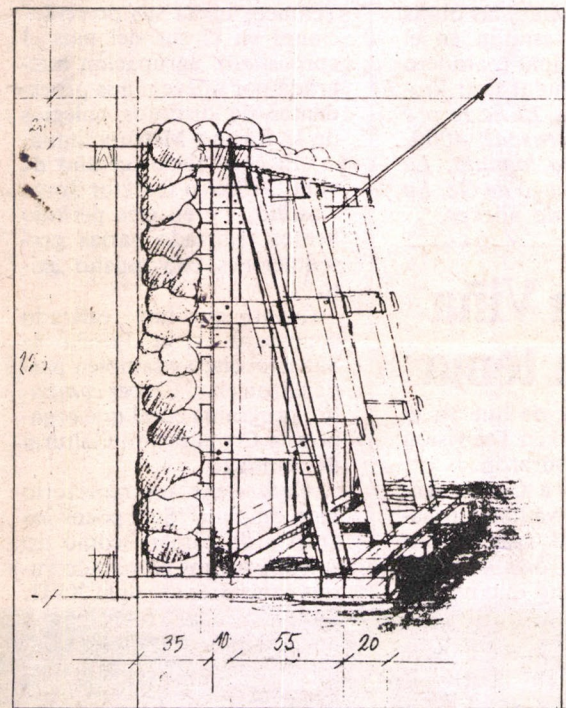
En uno de los bordes de los marcos hay una saliente —que significa la extensión del marco y su utilización como parte de la obra—, sobre la cual se apoya un vaso con agua hasta la mitad, como los floreros de los nichos mortuorios.

En la cuarta muralla del recinto hay una armazón de madera que aparece como tapiando la pared. Detrás se amontonan 220

piedras numeradas, ordenadas según el peso y el tamaño, tal como se ordenan las evidencias en los procedimientos penales o las piezas de las investigaciones arqueológicas.

La instalación se puede visitar desde hoy por la tarde hasta el próximo 28 de enero. Gonzalo Díaz escribió en la contraportada del catálogo:

—Quizá 10 años sea poco tiempo para restaurar y restaurarnos de lo que hemos destruido en esta década y media de vandalismo público y desenfreno estatal. Distorsión que el arte apenas puede nombrar, indicándolo.



Uno de los primeros dibujos del artista que antecedieron a la instalación: el recuerdo de unos hornos de piedra.

## Historia de dos hornos

Menos de diez personas —obispos, periodistas, abogados— acudieron el 30 de noviembre de 1978 al interior de la cooperativa agrícola El Triunfador. Iban a los cerros del sector oriente, donde existían dos hornos de una antigua mina de sal.

Descubrieron una tragedia: quince personas habían sido sepultadas y sobre sus cuerpos se había vaciado tierra y rocas. Eran los cadáveres de tres familias: Sergio Maureira Lillo y sus hijos Rodolfo, Sergio, Segundo y José; Oscar Hernández Flores y sus hermanos Carlos y Nelson; Enrique Astudillo Álvarez y sus hijos Omar y Ramón, y cuatro jóvenes: Miguel Brant, Iván Ordóñez, José

Herrera y Manuel Navarro.

Todos ellos, según lo determinó la investigación judicial, habían sido apresados en octubre de 1973, por ocho carabineros de Isla de Maipo, a cargo del entonces teniente Lautaro Castro.

La declaración de los funcionarios habló de un enfrentamiento nocturno; el ministro en visita Adolfo Bañados se declaró incompetente; el caso pasó a la justicia militar y el proceso fue sobreesido por la ley de amnistía.

En marzo de 1980, un nuevo propietario del sitio donde estaban enclavados los hornos, ordenó su destrucción. Unas cuantas cargas de dinamita hicieron desaparecer los hornos de Lonquén.